

CAPÍTULO VII: En Busca de Una "Vía Media"

Ya empezamos a conocer las diferentes ideas que constituyen el pensamiento religioso y filosófico de Antonio Machado. Pero estas ideas tendrían escaso valor, si no se tradujeran en un modo de conducta que pudiera guiarle al hombre en el camino de la vida. De especial importancia para la obra de Machado, en este sentido, es el tema de la peregrinación religiosa, ese viaje que hace el hombre cuando va en busca de la perfección espiritual.

El concepto de la peregrinación religiosa ha llegado a simbolizar el esfuerzo de la persona que busca la manera de purificar su alma para unirse con Dios. Muchos escritores han descrito el arduo viaje del peregrino, pero ¿cuál es el camino que sigue nuestro poeta? (1). En un poema de *Campos de Castilla* Machado parece contestar a esta pregunta, al escribir los versos siguientes:

Es el mejor de los buenos
quien sabe que en esta vida
todo es cuestión de medida:
un poco más, algo menos... (2).

En este poema el poeta expresa la idea de que la perfección sólo se consigue al llevar una vida bien proporcionada que evite los extremos (3). Para ver la importancia de este concepto en la obra de Machado, conviene examinar un poco más la idea de la "vía media" y su relación con la peregrinación espiritual.

-
- (1) En su estudio de este tema en la obra de Machado Michael P. Predmore ha comentado: "La búsqueda del peregrino cristiano proporciona el modelo que imita el caminante machadiano, al tratar de reandar el sendero perdido y recuperar un estado de paraíso dentro de su alma"; en "The Nostalgia for Paradise and the Dilemma of Solipsism in the Early Poetry of Antonio Machado", *Revista hispánica moderna*, XXXVIII, 1-2 (1974-1975), p. 40.
 - (2) Antonio Machado, *Obras: Poesía y Prosa*, 2ª Edición (Buenos Aires: Losada, 1973), CXXXVI, xiii, p. 214.
 - (3) José Machado confirma esta interpretación al escribir: "En este '...un poco más, algo menos...' [el Poeta] cifra la norma de toda perfección"; *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)* (Santiago de Chile: multigrafiado, 1958), p. 67.

El que quiere tener una vida bien proporcionada debe evitar los placeres de la vida profana, tanto como los rigores de una abstinencia total. Es la "vía media" la que nos conduce a la virtud más grande de llegar a un estado de equilibrio entre los dos vicios opuestos: el exceso y el defecto. La única manera de entrar en este camino estrecho es cultivar una actitud de desapego ante las cosas de este mundo. El que lo logra debe reducir a un minimum toda pasión egoísta, pero no debe llegar a la indiferencia. Mientras consigue la supresión del deseo, tiene que estar poseído del amor más tierno para con todo ser viviente; debe basar su conducta en una actitud de *desapego amoroso* que le permite armonizar su propia voluntad con la del Ser Supremo.

La idea de la vía media se remonta al siglo VI a. de J.C., a las enseñanzas de Guatama el Buda. Según nos cuenta la historia, el joven príncipe hindú decide rechazar los placeres de una vida acomodada, para llegar una vida más pura. Se entrega a un duro régimen de ascetismo, pero al fin de unos seis años durante los cuales apenas toma alimento, se encuentra a punto de morir de hambre, sin haber alcanzado su meta espiritual. Entonces, decide ser un poco menos riguroso consigo mismo y, por fin, mientras medita bajo las ramas de un árbol, su conciencia está bañada en el éxtasis de una profunda iluminación espiritual. De este modo el Buda aprende, y así lo enseña a los discípulos, que la única manera de purificar el alma es seguir la vía media, que no sólo evita la sumisión a los placeres carnales, sino también la actitud de egoísmo que ataca a los que se entregan a una ascética exagerada. Porque cualquier deseo, tanto el de los placeres sensoriales, como el del renunciamiento total, no libra a la persona del sufrimiento, ni le ayuda a perfeccionar su espíritu. De ahí que el perfecto budista busque triunfar sobre el deseo mientras cultiva la benevolencia, la mansedumbre, la paciencia ante los insultos, el perdón de las injurias y la evitación de toda cólera y violencia física.

La idea de evitar a los extremos de una vida gobernada por el deseo también ha aparecido en el mundo occidental. Homero y Platón han hablado de la importancia de vivir con moderación, y el concepto del "justo medio" ocupa un lugar preeminente en la ética de Aristóteles. La conducta del Cristo nos ofrece un modelo viviente de una vida que se gobierna por el desapego amoroso. Siglos más tarde, durante la Edad Media, todavía se enseña que la conducta más noble es la de manifestar una actitud de "mesura" ante todas las situaciones de la vida (4).

No puede caber en este estudio ni es mi intención examinar la historia entera de este concepto, pero es evidente que la idea de llevar una vida bien proporcionada nunca

(4) Como ejemplo de esta actitud, puede consultarse lo que ha dicho Ramón Menéndez Pidal en su comentario sobre el *Cid*. Allí se lee que la medida "era virtud muy estimada en un caballero... Pues la *mesura* es la discreción en todas las situaciones de la vida, la gran cualidad que no debía faltar en la Edad Media, al noble, al cortesano, al amante"; *Poema de mio Cid* (Madrid: Clásicos Castellanos, 1960), p. 104. En esta misma época San Benito de Nursia también predicaba el concepto del medio, al decretar que todo monje debía evitar los extremos de la ascética rigurosa y la flojera espiritual; véase Herbert B. Workman, *The Evolution of the Monastic Ideal* (Boston: Beacon Press, 1962), p. 143 y p. 149.

ha desaparecido del pensamiento humano. En las páginas que siguen, veremos hasta qué punto la "cuestión de medida" ha influido en la peregrinación religiosa del poeta Antonio Machado.

1. LA VIDA ASCÉTICA

EL RECHAZO DE LAS BACANALES DE LA VIDA

Como todo ser humano, Antonio Machado conoce la atracción de las bajas pasiones; por eso, ha escrito: "Qué difícil es, / cuando todo baja, / no bajar también" (OPP, p. 765). Y porque conoce los placeres de la vida sensual, tiene que controlarse "a dura rienda", lo cual admite con admirable franqueza en el documento autobiográfico publicado por Francisco Vega Díaz: "He hecho vida desordenada en mi juventud y he sido algo bebedor, sin llegar al alcoholismo. Hace cuatro años que rompí radicalmente con todo vicio" (5). La fecha que Vega Díaz asigna a este documento es 1913, lo cual quiere decir que el intento de romper con el vicio debe haber ocurrido en el año 1909. Todo ello no le habría bastado para llegar a un estado de pureza, sin embargo, porque en otro documento autobiográfico del año 1912, Machado vuelve sobre el mismo tema y entonces exclama: "Por desdicha mía no he logrado salir del limbo de la sensualidad" (6).

El disgusto que producen en Machado los placeres de la carne también es un tema frecuente en su poesía. En el poema XXVIII, por ejemplo, ha escrito:

Crear fiestas de amor
en nuestro amor pensamos,
quemar nuevos aromas
en montes no pisados,
y guardar el secreto
de nuestros rostros pálidos,
porque en las bacanales de la vida
vacías nuestras copas conservamos... (OPP, p. 83).

Los que tratan de satisfacer su necesidad de amor en nuevas experiencias de vida sensual, solamente aumentan su dolor, al tratar de negar las señales de su existencia huera. Lejos de satisfacerse, el alma siente aun más fuerte la nostalgia del "jardín perdido", ese jardín de inocencia paradisíaca, donde la sed—el deseo—podía satisfacerse en las tibias aguas de la fuente divina (7). Esta misma sed de las aguas puras del origen se describe en los versos finales de este poema temprano:

(5) Francisco Vega Díaz, "A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado", *Papeles de Son Armadáns*, LIV (1969), p. 70.

(6) Vega Díaz, Op. cit., p. 67.

(7) En su estudio de la imagen del "jardín" en *Soledades, galerías y otros poemas*, Michael P. Predmore demuestra que es algo más que el recuerdo de la infancia del poeta en Sevilla: "La imagen del jardín adquiere, poco a poco, una definitiva significancia simbólica. Este 'jardín encantado del ayer' (poema XVIII) no es solamente el recuerdo de la infancia del peregrino; también se identifica con la primera residencia del hombre en la tierra. Con su acumulación de asociaciones edénicas (de las que la fuente es la más importante), el jardín machadiano deviene un símbolo del paraíso perdido, un

Y algo, que es tierra en nuestra carne, siente
la humedad del jardín como un halago (OPP, p. 84).

LA EVITACIÓN DE UNA ABSTENENCIA TOTAL

Es la sensación de inocencia perdida—"Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto"—la que crea dentro del poeta el anhelo de renovar la pureza de su espíritu. Como lo explica en otro poema temprano, no obstante, esto solamente será posible si rechaza la ascética exagerada:

La tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
y quizás el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria.
Mas no es tu fiesta el Ultramar lejano,
sino la ermita junto al manso río,
no tu sandalia el soñoliento llano
pisará, ni la arena del hastío.
Muy cerca está, romero,
la tierra verde y santa y florecida
de sus sueños; muy cerca, peregrino
que desdeñas la sombra del sendero
y el agua del mesón en tu camino (XXVII, OPP, p. 83).

Al fin de la vida y quizás en la otra vida—en "el cenit de un nuevo día"—el alma podrá deshacerse de las sombras de su ser imperfecto y llegar a la perfección apetecida. Pero este estado de plenitud—"la tierra verde y santa y florecida"—no se encontrará al fin de un largo viaje en tierras exóticas, sino en la tierra humilde de la vida cercana, tal vez dentro del propio corazón. La voz de su conciencia interior— le dice al poeta-peregrino que no hallará su salvación en los extremos de la vida—ni en el "soñoliento llano", ni en la "arena del hastío"—y parece reprocharle porque no acepta los sencillos placeres de la vida—"la sombra del sendero / y el agua del mesón en tu camino".

Como han descubierto otros antes que él, Machado reconoce que la pureza solamente se alcanza al fin de una vida equilibrada. Esto es lo que dice en el poema XLI, cuando vuelve a describir los pasos que uno tiene que dar para entrar en la "florida senda" de la purificación espiritual:

Me dijo una tarde
de la primavera:
si buscas caminos
en flor en la tierra,
mata a tus palabras
y oye tu alma vieja.
Que el mismo albo lino

símbolo de la pérdida de la juventud y de la inocencia. El jardín, entonces, es el territorio sagrado y la meta del viaje del peregrino—un viaje que viene a ser como la búsqueda del origen perdido, una vuelta al principio"; Op. cit., p. 34.

que te vista, sea
tu traje de duelo,
tu traje de fiesta.
Ama tu alegría
y ama tu tristeza,
si buscas caminos
en flor en la tierra.
Respondí a la tarde
de la primavera:
tú has dicho el secreto
que en mi alma reza:
yo odio la alegría
por odio a la pena.
Mas antes que pise
tu florida senda,
quisiera traerte
muerta mi alma vieja (OPP, p. 94).

La tarde primaveral le aconseja al poeta que si quiere perfeccionarse en esta vida tiene que dejar todo egoísmo y recobrar la inocencia de su ser primordial: "mata tus palabras / y oye tu alma vieja". Esta pureza original—"el mismo albo lino"—debe ser su sostén tanto en los momentos de dicha, como en los de dolor. Debe controlar el deseo y aceptar la alegría, y la tristeza, si quiere entrar en la florida senda que conduce a una existencia más perfecta. El poeta responde que no ha podido resistir el poder de los deseos, pero antes de llegar al fin de la vida, espera poder destruir las imperfecciones de su antiguo carácter egoísta: "quisiera traerte / muerta mi alma vieja" (8).

LA LUCHA CONTRA EL DESEO

Gran parte de estas ideas Machado las recoge en otro poema temprano que nunca incluyó en sus "Poesías Completas":

I.

O que yo pueda asesinar un día
en mi alma, al despertar, esa persona
que me hizo el mundo mientras dormía.

-
- (8) Sánchez Barbudo ha observado que el poema XLI es "un poco enigmático", porque Machado parece contradecirse con las dos menciones de su "alma vieja". Como lo explica el crítico: "Es raro [que] diga eso del 'alma vieja', desobedeciendo a la 'tarde'. Lo que ésta le dijo al comenzar sus consejos, fue: '*mata tus palabras / y oye tu alma vieja*'. ¿Quiere todo ello decir que, en contra de lo que la 'tarde' cree, él piensa que lo que hay que matar es, en verdad, su 'alma vieja', ya que él siempre fue así, retraído?"; Antonio Sánchez Barbudo, *Los poemas de Antonio Machado* (Barcelona: Lumen, 1969), pp. 160-161. En efecto, es difícil explicar esta aparente contradicción, pero intento hacerlo dando a entender que la primera mención del "alma vieja" se refiere a la inocencia primordial del alma que acaba de emanar del ser divino, mientras que la segunda se refiere solamente a esa parte del alma que se ha cubierto de imperfecciones en el mundo físico. Son estas imperfecciones las que hay que destruir, o matar, para que vuelva a establecerse la pureza que tuvo el alma en el momento de nacer.

II.

O que el amor me lleva
donde llorar yo pueda...
Y lejos de mi orgullo
y a solas con mi pena.

III.

Y si me da el amor fuego y aroma
para quemar el alma,
¿no apagará la hoguera el agrio zumo
que el vaso turbio de mi sueño guarda?

IV.

Vuela, vuela, a la tarde
y exprime el agrio zumo
del corazón, poeta,
y arroja al aire en sombra el vaso turbio...

V.

Tu alma será una hoguera
en el azul invierno atarecido
para aguardar la amada primavera (OPP, pp. 33-34).

Aquí, como en las poesías anteriores, Machado se desdobra para entablar un diálogo consigo mismo. Habla primero de la "persona"—la máscara—que sueña su existencia dentro de los límites del mundo sensible. Anhela despertar de su sueño y, como en el poema anterior, quiere destruir esa parte de su alma que se ha cubierto de impurezas. O si esto no puede ser, si tiene que seguir en esta vida imperfecta como antes, quiere que el amor le ayude a dejar todo egoísmo y a aceptar con tranquilidad su destino doloroso. No obstante, en la tercera parte del poema le entra una duda: quiere que su alma se purifique en las llamas del amor, pero teme que el fuego sea apagado por las aguas turbias de una vida imperfecta. Luego, en las últimas dos partes del poema, le habla la voz de su conciencia interior, esa parte de su conciencia que pertenece a la conciencia divina y a veces le comunica "unas pocas palabras verdaderas". La voz interior le incita a seguir su viaje hacia la "tarde"—hacia el fin de la vida—y a renunciar a los deseos de la vida física—arroja al aire en sombra el vaso turbio—los que convierten su vida en sufrimiento (9). Al hacer esto, el poeta entrará en "el azul invierno atarecido", un estado de conciencia pura que trasciende los límites del mundo físico. Allí debe esperar a la "amada primavera" que ha de traer el milagro de una nueva vida más pura.

La vida ascética no es un tema que aparece con frecuencia en la obra madura del poeta. Tal vez ya no necesita emplear tanto rigor para controlar los deseos porque ya ha adquirido el equilibrio que buscaba en su juventud. Un indicio de este cambio se observa en lo que se ha dicho de la "sed"—que representa el deseo—en el poema XXXIX:

(9) Como he dicho en el Capítulo III, el deseo de muerte no es el de una aniquilación total, sino el de dejar las impurezas de esta vida para "despertar" en otra más pura. Debido a que Machado era tan melancólico a causa de los defectos que vio en la vida, muchos escritores no han notado la esperanza que asocia a la muerte. Como ejemplo de esto, recuérdese los versos: "Tras el vivir y el soñar, / está lo que más importa: / despertar" (OPP, p. 280).

¡Ay del que llega sediento
a ver el agua correr,
y dice: la sed que siento
no me la calma el beber!... (OPP, p. 91).

Aquí se expresa la enseñanza fundamental del budismo, de que el deseo que nunca se satisface es la causa del sufrimiento (10). Pero en *Nuevas canciones*, es evidente que el poeta ha triunfado sobre la sed, cuando habla de "esta sumida boca / que ya la sed no inquieta" (CLXIV, OPP, p. 290); y en otro poema donde describe su busto esculpido por Emiliano Barral, y se refiere a "mi boca de sed poca" (OPP, p. 298).

En este período de su vida la renunciación del deseo todavía se asocia a la idea de la pureza espiritual, lo cual afirma Machado en el poema "Esto soñé":

...que de lengua jornada peregrino
ponía al corazón un duro freno,
para aguardar el verso adamantino
que maduraba el alma en su hondo seno (OPP, p. 292).

Como se demostró en el Capítulo V, en su búsqueda de un amor más puro, el poeta ha refrenado los deseos, para que el alma pueda llevar a su término la tarea de su perfección.

Hemos visto, en fin que, aunque haya sentido el atractivo de una vida ascética, Machado logra controlar los deseos, sin llegar al extremo de una renunciación total. De este modo procura llevar una vida equilibrada que le permite cultivar una actitud de humildad, la que es el siguiente paso en la vía media que le conduce a su meta espiritual.

2. LA VIDA HUMILDE

EL EGOÍSMO

Uno de los principales obstáculos para la purificación del alma es el egoísmo, esa tendencia del yo a ver las cosas desde el estrecho punto de vista de su propia voluntad. ¿Cómo puede unirse el alma con el gran acuerdo divino, si siempre se aísla en el egocentrismo? Ya hemos visto que, tanto la sensualidad, como el renunciamiento llevan su carga de egoísmo. La única manera de combatir este defecto de doble filo es esforzarse por llevar una vida de mansa humildad. Pero ser humilde no quiere decir, como muchos han pensado equivocadamente, despreciar el propio ser; esto todavía es dar demasiada importancia al yo. Y de acuerdo con la concepción panteísta, el ser del

(10) Lo que Machado ha dicho aquí corresponde perfectamente a la primera mitad de las Cuatro Verdades Sublimes del budismo que van a continuación:

1. Vivir en esta vida es sufrir.
2. El sufrimiento es causado por el deseo.
3. La única manera de escapar el sufrimiento es deshacerse de los deseos y entrar en el estado de nirvana.
4. El método de conseguir el nirvana es seguir la Octava Vía, que son ocho modos de conducta que conducen al nirvana.

individuo es parte de Dios, como todo lo que existe, y debe estimarse por su carácter divino; no es más, ni menos importante que cualquier otra manifestación del ser divino. Eso es lo que quiere decir el Cristo, cuando nos ordena: "Ama a Dios por encima de todas las cosas, y ama a tu prójimo como a ti mismo". Porque amar a Dios es amar de manera igual a todo lo que existe. De ahí la importancia de la humildad que nos permite desechar el egoísmo y abrirnos al amor. Todo ello afirma Machado en su obra.

En los "Proverbios y cantares" (CLXI) de *Nuevas canciones*, hay varios poemas cortos donde Machado da consejos a los que poseen un exagerado concepto de su propia importancia:

Todo narcisismo
es un vicio feo,
y ya viejo vicio (OPP, p. 271).

Nunca traces tu frontera,
ni cuides de tu perfil;
todo eso es cosa de fuera (OPP, p. 273).

Cantores, dejad
palmas y jaleo
para los demás (OPP, p. 275).

Y mientras habla en contra de un orgullo excesivo, Machado también revela su modestía, cuando se describe como "este humilde profesor/ de un instituto rural" (OPP, p. 198) (11) y cuando declara que no le atraen los halagos de la fortuna:

Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción... (CXXXVI, i, OPP, p. 212) (12).

-
- (11) Francisco Vega Díaz cita las palabras de Gerardo Diego, al decir que Machado era "la humildad misma, hasta un extremo conmovedor"; Op. cit., p. 61.
- (12) Según el hermano José, el poeta rechazó cuantas veces pudo, toda clase de homenajes, porque "sentía la más profunda aversión por estas manifestaciones tan entusiastas y tan frecuentes. Pensaba que en el fondo era una manera, acaso subconsciente, de ir enterrando, poco a poco, los verdaderos valores"; José Machado, Op. cit., p. 13. El mismo poeta expresa esta actitud en un poema de *Los complementarios*:

Claqueurs, polacos, guardad
para vuestros gladiadores
palmas, tabacos y honores,
dejadme mi soledad.
No me aplaudáis. Cuando el eco
de vuestros aplausos resuena
me voy poniendo tan hueco
que vuestro aplauso me llena.

Citado de *Los complementarios*, edición de Manuel Alvar (Madrid: Cátedra, 1980), p. 201. Recuérdese también lo que dice Machado en una de las cartas publicadas por Concha Espina, cuando rechaza las cosas de la vida profana: "Fuera de estos momentitos en que nos vemos, el resto de mi vida no vale nada; ¡nada!... Yo te juro que nada de ella me alegra: ni éxitos, ni halagos, ni gloria literaria..." en *Antonio Machado a su grande y secreto amor* (Madrid: Lifesa, 1950), p. 44.

LA HUMILDAD QUE ES FIRMEZA

Una de las poesías que mejor describe la fina sensibilidad humilde de nuestro poeta es la LXXXIII:

Guitarra de mesón que hoy suenas jota,
mañana petenera,
según quien llega y tañe
las empolvads cuerdas.
Guitarra del mesón de los caminos,
no fuiste nunca, ni serás poeta.
Tú eres alma que dice su armonía
solitaria a las almas pasajeras...
Y siempre que te escucha el caminante
sueña escuchar un aire de su tierra (OPP, p. 126).

Este viejo instrumento musical parece representar el alma del mismo poeta, cantor generoso que ofrece su música sencilla a todos los que encuentra en el camino de la vida. Y porque no tiene aires de gran virtuoso y no se encierra en su propio egoísmo, todos los lo escuchan pueden identificarse con el canto profundo y humano.

Esto no quiere decir, sin embargo, que por ser humilde Machado tenga un carácter débil, ni que los otros fácilmente puedan imponerle su voluntad. Para mantener la "medida" de una vida equilibrada, la humildad tiene que ser compensada con una gran fuerza de carácter. Sobre este aspecto del poeta ha escrito el hermano José: "No obstante parecer en muchas ocasiones hasta débil de carácter, era sólo en apariencia, pues en las cosas fundamentales nunca dejaba de hacer lo que se proponía, realizando para ello el esfuerzo que fuera necesario. Y en ocasiones sacando una energía tan extraordinaria, que causaba asombro. No fue jamás dominado por nada, ni por nadie. Al contrario, influyó constantemente—sin jamás pretenderlo—sobre sus íntimos que, como era natural, le oían como a un oráculo" (José Machado, Op. cit., p. 20). Como dice su hermano, el poeta parece poseer la misma "humildad que es firmeza" que tanto admira en las encinas castellanicas:

¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
.
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?... (OPP, p. 146).

La vida humilde, tal como la vida ascética, tiene para Machado una finalidad religiosa. Así lo explica en una carta a Unamuno: "La humildad es un sentimiento cristiano, porque el amor que Cristo ordena es un amor sin orgullo, sin deleite en nosotros ni en nuestra obra" (OPP, p. 1,025). Por eso la humildad, que no es nunca debilidad ni una falsa renunciación egoísta, también puede ser un camino medio que conduce a la purificación espiritual, tal como se expresa en el poema XXVI:

¡Oh figuras del atrio, más humildes
 cada día y lejanas:
 mendigos harapientos
 sobre marmóreas gradas;
 miserables ungidos
 de eternidades santas,
 manos que surgen de los mantos viejos
 y de las rotas capas!
 ¿Pasó por vuestro lado
 una ilusión velada,
 de la mañana luminosa y fría
 en las horas más plácidas?...
 Sobre la negra túnica, su mano
 era una rosa blanca... (OPP, pp. 82-83).

El humilde mendigo muestra su mano blanca sobre la túnica negra, como pura flor que brota de la tierra oscura, como blanca mariposa que renace del sombrío capullo del sufrimiento.

3. LA VIDA SOLITARIA

Contraparte importante de la vida ascética y de la vida humilde para nuestro poeta es la vida solitaria. Es muy conocida la tendencia de Machado a ensimismarse en sus meditaciones solitarias. Fiel testigo de las "frecuentes abstracciones" del poeta es José Machado, el que ha dicho de su hermano: "se quedaba absorto y como mirando a una lejanía que no fuera ya de este mundo. Entonces sólo su presencia corporal, podía hacer creer que se hallaba allí." José advierte, además, que durante los momentos de ausencia el poeta tenía la costumbre de "musitar" en voz baja, y declara que "en estos momentos, no le faltaba más que la aureola para parecer un santo rezando" (José Machado, p. 32).

Y ¿qué es lo que impulsa a Machado a refugiarse en un mundo solitario? Según ha opinado Rosario Rexach, "es que aparentemente un sino trágico pareció presidir la vida del poeta para condenarlo siempre a una soledad más allá de lo que era de esperar" (13). Lo cual es verdad, en cierto sentido; sin embargo, a Machado no *siempre* le atrae la soledad, como veremos en lo que sigue. Y cuando esto ocurre, no es solamente que intente huir de un destino trágico, sino que es, en la soledad, donde puede escuchar la voz de su conciencia interior, que a veces le ayuda a resolver los misterios de la vida. Él mismo lo confirma en más de una ocasión: en el poema "Crepúsculo" de la primera edición de *Soledades*, se refiere a esto al escribir: "La soledad, la musa que el misterio / revela al alma en sílabas preciosas / cual notas de recóndito salterio" (OPP, p. 39); y en el cuarto soneto de "Los sueños dialogados", vuelve a escribir: "¡Oh soledad, mi sola compañía, / o musa del portento que el vocablo / diste a mi voz que nunca te pedía... (OPP, p. 306). Y durante los momentos de soledad, Machado también escucha "a orillas del gran silencio", que no es silencioso porque habla claramente al oído interior.

(13) Rosario Rexach, "La soledad como sino en Antonio Machado", *Cuadernos hispanoamericanos*, 304-307 (octubre-diciembre 1975; enero 1976), p. 629.

Los que han experimentado un estado de conciencia mística saben que en estos momentos uno puede recibir impresiones intuitivas que ayudan a explicar el sentido de la vida. Esto, seguramente, es lo que Machado quiere decir cuando escribe las siguientes palabras del "Prólogo" a la edición de *Soledades*, de 1917: "Pensaba que el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes; que puede también, mirando hacia dentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento" (OPP, p. 51). Con este comentario prologal parece referirse a una experiencia como la que se describe en el poema XXIII, cuando habla de las sensaciones que surgen en su conciencia durante un momento de meditación solitaria:

En la desnuda tierra del camino
la hora florida brota,
espino solitario,
del valle humilde en la revuelta umbrosa.
El salmo verdadero
de tenue voz hoy torna
al corazón, y al labio,
la palabra quebrada y temblorosa.
Mis viejos mares duermen; se apagaron
sus espumas sonoras
sobre la playa estéril. La tormenta
camina lejos en la nube torva.
Vuelve la paz al cielo;
la brisa tutelar esparce aromas
otra vez sobre el campo, y aparece
en la bendita soledad, tu sombra (OPP, p. 81).

Cuando se detiene a meditar en la intimidad de su camino señero, el poeta siente una alteración en su conciencia—"la hora florida brota"—. Es un estado de paz interior en la que vuelve a experimentar la presencia divina; es esta experiencia que calma las aguas de su existencia vana y entonces le comunica "el salmo verdadero" que intenta expresar con "la palabra quebrada y temblorosa". En esto tenemos un ejemplo de lo que el hermano José describe, al hablar del "musitar" que tantas veces agita los labios del poeta cuando se abstrae. Porque, según reitera el hermano en un comentario sobre el poema que acaba de citarse, estas palabras musitadas son "palabras escuchadas en el silencio de la más íntima soledad a la que asoma Dios y a la que podrían aplicarse las palabras que dicen: 'Y aparece en la bendita soledad, tu sombra'" (José Machado, p. 44).

4. LA VIDA AMOROSA

LA IMPORTANCIA DEL AMOR

Aunque siempre le atrae la vida solitaria, Machado no quiere ir al extremo de un aislamiento total, como lo indica al escribir su autobiografía: "No soy muy sociable, pero conservo afecto a las personas" (14). Para no salir del justo medio que conduce a una

(14) Vega Díaz, Op. cit., p. 70.

existencia superior, reconoce que debe equilibrar los momentos de soledad con otros de compañía humana. Si en la contemplación solitaria logra aclarar un poco el enigma de la vida, hay que compartir los resultados de esta experiencia, amorosamente, con el prójimo. Esto es lo que afirma Machado en una de sus primeras cartas a Unamuno:

Pero hoy, después de haber meditado mucho, he llegado a una afirmación: todos nuestros esfuerzos deben tender hacia la luz, hacia la conciencia. He aquí el pensamiento que debía unírnos a todos... No debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor, que sea estéril para los demás (15).

Todo esto ha de importarle mucho al poeta, porque repite la misma idea años más tarde en el *Cancionero apócrifo*, cuando declara que el aislamiento no le permite al hombre llevar a cabo la tarea que más importa en esta vida:

Abel Martín no cree que el espíritu avance un ápice en el camino de su perfección ni que se adentre en lo esencial por apartamiento y eliminación del mundo sensible (OPP, p. 321).

Y en otra parte del mismo libro hace eco a las palabras del Buda, al afirmar la necesidad de tener un equilibrio entre la vida ascética y el amor al prójimo:

Del mismo modo, la vida ascética, que pretende a la perfección moral en el vacío o enrarecimiento de representaciones vitales, no es para Abel Martín camino que lleva a ninguna parte. El *ethos*, no se purifica, sino que se empobrece por eliminación del *pathos*, y aunque el poeta debe saber distinguirlos, su misión es la reintegración de ambos a aquella zona de la conciencia en que se dan como inseparables (OPP, p. 331).

Idéntica actitud con respecto a la importancia de abrirse a los otros con amor aparece en la poesía de Machado. En *Soledades, galerías y otros poemas*, ha escrito:

Moneda que está en la mano
quizás se deba guardar;
la monedita del alma
se pierde si no se da (LVI, ii, OPP, p. 110).

Y en *Nuevas canciones* vuelve sobre el mismo tema:

Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón (CLXI, lxvi, OPP, p. 282).

EL DESAPEGO AMOROSO

La ascética que no es una abstinencia total, la humildad que es firmeza, la vida solitaria equilibrada por una conducta amorosa—éstos son los pasos que da Machado

(15) Citado del estudio de Manuel García Blanco, "Cartas inéditas de Antonio Machado a Unamuno," *Revista hispánica moderna* XXII, 2 (abril 1956), p. 99.

para llegar a una actitud de desapego amoroso, actitud que se expresa perfectamente en el poema que sigue:

Siembra la malva:
pero no lo comas,
dijo Pitágoras.
Responde al hachazo
—ha dicho el Buda ¡y el Cristo!—
con tu aroma, como el sándalo.
Bueno es recordar
las palabras viejas
que han de volver a sonar (CLXI, lxv, OPP, p. 282).

Ayudar a la naturaleza a realizar su gran tarea creadora, pero hacerlo desinteresadamente; responder a la violencia con la paz y con belleza y, al ser herido, volver la otra mejilla con amor; vivir con amor, en fin, y no dejarse llevar por las bajas pasiones—todo ello nos comunica esta bella y profunda poesía de Machado.

El poema anterior es de *Nuevas canciones*, pero para demostrar que la actitud del desapego amoroso siempre ha sido una de las virtudes a las que aspiraba el poeta, puede citarse el poema XVIII, de *Soledades, galerías y otros poemas*; se intitula "El poeta" y viene a ser una descripción del mismo Machado. Al empezar se describe la angustia del hombre que teme que la muerte sea el fin de su identidad como individuo:

El sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte
cual niño bárbaro. El piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa...

Machado no duda de la permanencia del alma—se compone de "sustancia imortal"—, pero teme que un Dios violento le condene a una eternidad impersonal. Busca consuelo, entonces, en la conciencia interior, donde una verdad divina le ayuda a calmar su dolor:

En sueños oyó el acento de una palabra divina;
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina,
sin odio ni amor, y el frío
soplo del olvido sobre un arrenal de hastío.
Bajo las palmeras del oasis el agua buena
miró brotar de la arena;
y se abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros
animales carniceros...

Cuando su conciencia se levanta por encima de la estéril arena del mundo sensible durante la meditación solitaria, se le revela al poeta el puro brillo del *logos* divino. Sentir la fría luz de esta Verdad extrapersonal le permite olvidar toda pasión meramente humana—"sin odio ni amor"—y su conciencia purificada le asemeja un "oasis" paradisíaco donde siente la armonía que une "las dulces gacelas" y los "fieros animales carniceros". Luego, el beber de las aguas puras de la fuente divina—"el agua buena"—le ayuda a identificarse con la pena de todos los que sufren:

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor.
Y fue compasivo para el ciervo y el cazador,
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado
para el sanguinario azor...

Porque comprende el secreto de la armonía universal, y porque ha rechazado todo deseo egoísta, el poeta experimenta un estado de desapego amoroso cuando siente compasión por todo ser viviente, tanto por el débil como por el fuerte. Comprende, con el Eclesiastés—y con el Buda—que esta vida es una ilusión vanidosa que produce sufrimiento para el que la desea retener:

Con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades,
todo es negra vanidad;...

Pero más allá del ilusorio mundo de la materia hay una "realidad espiritual" cuyo secreto le comunica la voz del alma en los momentos de soledad:

...y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad (OPP, p. 77).

EL OLVIDO

En otra parte hemos visto que Machado emplea el concepto del olvido para describir el estado de ánimo de la persona que ha logrado romper las cadenas del deseo. Muchos años antes de la creación de los apócrifos, el mismo concepto se había utilizado en el poema XVIII, al describir un estado de conciencia pura en la que se experimenta un aspecto del amor divino. Por lo tanto, quiero volver a examinar la idea del olvido, para ver su relación con la actitud del desapego amoroso que se estudia en el presente capítulo.

En el *Cancionero apócrifo* y en los últimos poemas, el poeta habla de lograr una actitud de olvido que le permita rechazar el amor sensual y sentir un amor más puro. En esto se encuentra la explicación de estos versos de "Otras canciones a Guiomar": "para quererte te olvido" y "en amor el olvido pone la sal" (OPP, p. 373). Gracias al olvido de las cosas mundanas, el poeta logra sentir una actitud de desapego amoroso y puede avanzar más rápidamente—no siente ningún deseo que lo pueda retener—en el camino de su evolución espiritual.

Ahora vale comparar lo que dice Machado sobre el olvido en el poema XVIII, y en los últimos versos de las "Otras canciones a Guiomar". Al citar del poema más temprano cabe repetir que en la poesía de nuestro poeta el "sueño" suele utilizarse para simbolizar un estado de conciencia intuitiva:

En sueños oyó el acento de una palabra divina;
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina,
sin odio ni amor, y el frío
soplo del olvido sabe sobre un arenal de hastío.
Bajo las palmeras del oasis el agua buena
miró brotar de la arena... (OPP, p. 77).

Luego, en "Otras canciones a Guiomar" escribe:

...Bajo el azul olvido nada canta,
ni tu nombre ni el mío, el agua santa.
Sombra no tiene de su turbia escoria
limpio metal; el verso del poeta
lleva el ansia de amor que lo engendrara
como lleva el diamante sin memoria
—frío diamante—el fuego del planeta
trocado en luz, en una joya clara... (OPP, p. 374).

En los dos poemas se describe una sensación de frío que no es ausencia de vida, sino ausencia de pasión y de deseo. La imagen del agua que brota, que se menciona en ambas composiciones, sugiere que en este estado de conciencia pura el poeta experimenta el origen de las cosas en la fuente divina. En los dos poemas también se refiere a un elemento diamantino—"la cruda ley diamantina"; y "el frío diamante"—cuyo brillo indica la presencia de una existencia purificada. Finalmente, el poeta siente una actitud de desapego que le permite volver a reunirse con la conciencia divina; en el poema XVIII escucha "el acento de una palabra divina", y en "Otras canciones..." siente que su ser es "trocado en luz, en una joya clara". Como lo afirma en el poema dedicado a Guiomar, es "la mano creadora del olvido"—la capacidad de limpiar su conciencia de todo deseo egoísta—que le ayuda a levantarse al plano de un amor más puro.

Y no es solamente en estos poemas donde el olvido se asocia a la ausencia del deseo. En las "Últimas lamentaciones de Abel Martín" (CLXXIX), el poeta pide la fuerza necesaria para olvidar los deseos que le han hecho sufrir:

¡Oh, descansar en el azul del día
como descansa el águila en el viento,
sobre la sierra fría,
segura de sus alas y su aliento!
La augusta confianza
a ti, naturaleza, y paz te pido,
mi tregua de temor de esperanza,
un grano de alegría, un mar de olvido... (OPP, p. 358) (16).

-
- (16) Cuando Machado describe el olvido, lo asocia a una sensación de frialdad y, a veces, al color azul. Esto ocurre en varios poemas que se han citado en el presente capítulo. Por ejemplo, en la última parte del poema "O que yo pueda asesinar un día..." de la misma época de *Soledades*, no se menciona el olvido, pero se describe un estado de conciencia muy semejante al que hemos visto en los poemas posteriores cuando aparecen los versos que siguen: "Tu alma será una hoguera / en el azul invierno atarecido..." (OPP, p. 34). Entonces en "Otras canciones a Guiomar", es "Bajo el azul olvido" donde aparece el "frío diamante" del amor divino; en la última parte de este poema, el alma se describe como "azulada libélula" (OPP, p. 373). Y en "Últimas lamentaciones de Abel Martín", el poeta quiere descansar en "el azul del día" como el águila que vuela sobre "la sierra fría", todo esto, antes de perderse en "un mar de olvido" (OPP, p. 358). Recuerdense también "el frío / soplo del olvido" del poema XVIII (OPP, p. 77) y la "ilusión velada, / de la mañana luminosa y fría" del poema XXVI (OPP, p. 83). La sensación de frialdad y el color azul parecen representar para Machado un estado de conciencia extra-personal, sin deseos humanos, que se experimenta al bañarse en la pura energía de la substancia divina.

Y otra vez, en "Muerte de Abel Martín" (CLXXV), el poeta quiere perderse en la Nada—sinónimo del olvido—donde se libra del deseo que causa su dolor:

Antes me llegue, si me llegue, el Día,
la luz que ve increada,
ahógame esta mala gritería,
Señor, con las esencias de tu Nada (OPP, p. 376).

No le ha llegado la luz del nuevo Día, pero como dirá más tarde Juan de Mairena, Abel Martín parece morir con la serena tranquilidad del que se ha desprendido de las pasiones humanas: "debió salvarse a última hora, a juzgar por el gesto postrero de su agonía, que fue el de quien se traga ligeramente la muerte sin demasiadas alharacas" (OPP, p. 494).

* * * * *

Estas son, pues, las cosas que Machado ha hecho al seguir la vía media para lograr un modo de vivir que le permite armonizar su voluntad con la de Dios: obedecer a un régimen de ascetismo que no es una negación del yo; aspirar a una actitud de humildad que también es firmeza; buscar la verdad en una atmósfera de soledad que no lo aísla de los otros seres humanos; y amar al prójimo mientras rechaza el control de los deseos. De este modo triunfa sobre los límites de su condición humana y es fiel, no solamente a los preceptos del budismo, sino a la enseñanza del Cristo quien nos dijo: "el que perdiera su vida por causa de mí, la hallará: (S. Maeto X, 39).

LA OCTAVÍA VÍA DE JUAN DE MAIRENA

Después de considerar estas ideas de Machado, algún lector pragmático ha de preguntar si este modo de vivir de veras tendrá valor para la persona que lucha contra las complejidades del mundo actual. Por vía de conclusión, ofrezco el siguiente estudio de un ensayo sobre el pacifismo, porque en él Machado contesta a la pregunta de nuestro lector pragmático.

Se trata de un ensayo de Juan de Mairena, cuando el profesor apócrifo les da a sus alumnos una serie de enseñanzas que deben guiar su conducta en la vida de todos los días. Al empezar Mairena declara:

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a contemplar. ¿El qué?, me diréis. El cielo y sus estrellas, y la mar y el campo, y las mismas ideas, y la conducta de los hombres...

Y para sacar provecho de la vida contemplativa, también hay que aprender a meditar:

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a meditar sobre todas las cosas contempladas, y sobre vuestras mismas meditaciones...

Entonces, debido a que no quiere que se aislen demasiado en la contemplación ni en la meditación, Mairena enseña a los alumnos a comprometerse mediante una vida de actividad equilibrada:

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a trabajar sin hurtar el cuerpo a las faenas más duras, pero libres de la jactancia del trabajador y de la superstición del trabajo...

Luego, al hablar de los antiguos griegos, y de la filosofía oriental, Mairena nos da un indicio de lo que tal vez fue el origen de estas ideas en el pensamiento machadiano:

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, oh amigos queridos, el amor a la filosofía de los antiguos griegos, hombres de agilidad mental ya desusada, y el respecto a la sabiduría oriental, mucho más honda que la nuestra y de mucho más largo radio metafísico...

Ya hemos visto que en *Soledades* Machado quiere "asesinar" esa parte de su ser que desea participar en "las bacanales de la vida". Más tarde nos habla de "esta sumida boca / que ya la sed no inquieta". Ahora, Juan de Mairena sigue en la misma vía media que evita los extremos, cuando les dice a sus alumnos que deben renunciar a las cosas superfluas, mientras huyan de una ascética exagerada:

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a renunciar a las tres cuartas partes de las cosas que se consideraran necesarias. Y no por el gusto de someteros a ejercicios ascéticos o a privaciones que os sean compensadas en paraísos futuros, sino para que aprendáis por vosotros mismos cuánto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario, cuánto más amplio, por ende, es el de la libertad humana, y en qué sentido puede afirmarse que la grandeza del hombre ha de medirse por su capacidad de renunciación...

Y a los escépticos que no pueden aceptar como objeto de fe la validez de las ideas trascendentales, a ellos les indica otro camino medio, que es el de dudar de la propia duda, o sea, la "duda integral":

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a que dudéis de todo: de lo humano y de lo divino, sin excluir vuestra propia existencia como objeto de duda... Yo os enseño una duda sincera, nada metódica, por ende, pues si yo tuviera un método tendría un camino conducente a la verdad y mi duda sería pura simulación. Yo os enseño una duda integral, que no puede excluirse a sí mismo, dejar de convertirse en objeto de duda, con lo cual, os señalo la única posible salida del lóbrego callejón del escepticismo...

Luego, para que la renunciación y la duda no les conduzca a la indiferencia, para suscitar en ellos una actitud de desapego amoroso, Mairena incita a sus alumnos a que se traten con amor:

Yo os enseño—en fin—, o pretendo enseñaros, el amor al prójimo y al distante, al semejante y al diferente, y un amor que exceda un poco al que os profesáis a vosotros mismos, que pudiera ser insuficiente...

Y tal como en el caso de la Octava vía que el Buda enseña a los aspirantes al nirvana, estos siete puntos de la enseñanza maireniana—la vida contemplativa, la meditación, el trabajo, el respeto a la filosofía griega y la sabiduría oriental, la renunciación, la duda integral, el amor al prójimo—nos preparan para llegar al octavo punto que es la paz:

Contra el célebre latinajo, yo os enseño: *si quieres paz, prepárate a vivir en paz, con todo el mundo* (OPP, pp. 607-609).

De este modo la peregrinación religiosa nos trae a un estado de paz, esa paz interior que experimenta "el mejor de los buenos" cuando logra resolver al fin la "cuestión de medida". Y ahora, al terminar este libro sobre el pensamiento religioso y filosófico de Antonio Machado, digo con Juan de Mairena, tal como se dice en el ensayo que acaba de comentarse:

¡Paz a los hombres de buena voluntad! (OPP, p. 607).

190

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>

ÍNDICE

Introducción	
ANTONIO MACHADO Y LA "NUEVA CONCIENCIA"	9

Capítulo I	
LA CONCEPCION PANTEÍSTA	16

Capítulo II	
EL SUEÑO DE DIOS	55

Capítulo III	
LA OTRA VIDA	69

Capítulo IV	
LAS OTRAS VIDAS	89

Capítulo V	
LA MISTERIOSA AMADA	117

Capítulo VI	
LA LOCURA DIVINA	155

Capítulo VII	173
--------------------	-----
